

to cumplirían dos años que se hallaban en París, y su condenado pleito no acababa nunca; hasta tuvieron que resignarse el día anterior á comprar la friolera de seis camisas para cada uno, al enterarse de una nueva dilatación del asunto. Un poco más atrás, junto á una cortina, la señora de Bouchard parecía entregada á Morfeo, amodorrada por el calor. El señor d'Escorailles había ido para encontrarse con ella; y después como nadie les dirigiese la vista, tuvo nuestro hombre la tranquila audacia de depositar un prolongado y silencioso beso en los labios de la hermosa, á medio cerrar. Abrió los ojos como quien dice de par en par, sin moverse y se puso en extremo serio:

—¡Dios mío! No—decía el señor La Rouquette precisamente en aquel momento,—yo no he ido á Variedades. Lo que he visto ha sido el ensayo general de la obra. ¡Oh! ¡tuvo un éxito loco, una música lo más divertida!... París entero correrá á verla... Yo tenía que terminar un trabajo. Estoy preparando algo.

Había estrechado la mano á aquellos caballeros y besado galantemente la de Clorinda por encima del guante. Manteníase en pie, apoyado en el respaldo de un sillón, sonriente, vestido con corrección irreprochable. En el modo con que llevaba abrochada la levita, se traslucía, no obstante, la presunción de aparecer como persona grave y sesuda.

—A propósito—dijo dirigiéndose al dueño de la casa—tengo un documento que indicar á usted para

su gran trabajo, un estudio sobre la constitución inglesa, muy curioso, á fe mía, que se ha publicado en una revista de Viena... ¿Y va usted adelantado?

—¡Oh! muy á paso de tortuga—contestó Rougón.—Me encuentro en un capítulo que me da mucho que pensar.

Por regla general encontraba muy chistoso el hacer hablar al joven diputado; por él se enteraba de cuanto pasaba en las Tullerías. Persuadido en la noche aquélla de que se le enviaba para enterarse de su opinión sobre el triunfo de las candidaturas oficiales, vino á conseguir, sin aventurar ni una sola frase digna de ser repetida, obtener de él un diluvio de informes. Empezó por felicitarle con motivo de su reelección. Después, con su aspecto bonachón, mantuvo la conversación con simples movimientos de cabeza. El otro, prendadísimo con tener la palabra, no se dió punto de reposo. La corte rebosaba de alegría. El emperador se había enterado en Plombières del resultado de las elecciones; contábase que al recibir el telegrama hubo de sentarse, porque las piernas le temblaban de emoción. Una gran inquietud dominaba, sin embargo, tan señalada victoria: París acababa de votar cual verdadero monstruo de ingratitud.

—¡Bah! se amordazará á París—murmuró Rougón, quien contuvo un nuevo bostezo, como aburrido por no dar con nada interesante, en el diluvio de palabras del señor La Rouquette.

Dieron las diez. La señora de Rougón, colocan-

do un velador en medio de la estancia, sirvió el té. Era la hora en que se formaban grupos aislados en los rincones. El señor Kahn, con una taza en la mano, en pie delante de Delestang, que jamás tomaba té, porque le encabritaba los nervios, entraba en nuevos detalles referentes á su viaje en la Vendée; su magno asunto de la concesión de una vía férrea de Niort á Angers, se hallaba siempre en el mismo estado; aquel canalla de Langlade, el prefecto de los Deux-Sèvres, había tenido la osadía de servirse de su proyecto como manejo electoral, á favor del nuevo candidato del gobierno. El señor La Rouquette, pasando á la sazón por detrás de las damas, deslizábales en el cogote palabritas que les hacían sonreír. Tras de una muralla de sillones, madama Correur hablaba vivamente con Du Poizat; pedíale noticias de su hermano Martineau, el notario de Coulonges; y Du Poizat decía haberle visto, un instante, delante de la iglesia, siempre el mismo, con su semblante frío y su ademán grave. A seguida, como la dama diese principio á sus habituales recriminaciones, él le aconsejó, con la intención más perversa, que no pusiese nunca los pies por allí, porque la señora de Martineau había jurado ponerla en medio del arroyo. Madama Correur acabó el té sofocada, como nó había para menos.

—Vamos, hijos míos, hay que irse á acostar—dijo paternalmente Rougón.

Eran las diez y veinticinco, y todavía concedió nada menos que cinco minutos. Algunas personas

se marchaban. Acompañó á los señores Kahn y Béjuin, á quienes la señora de Rougón daba siempre memorias para sus respectivas mitades, á pesar de que no veía á aquellas señoras, cuanto más, dos veces al año. El gran hombre empujó nuevamente hacia la puerta á los Charbonnel, encogidos siempre para despedirse. Después, como la preciosa señora de Bouchard saliese entre el señor d'Escorailles y el señor La Rouquette, volvióse hacia la mesa de juego, gritando:

—¡Eh! ¡señor Bouchard, mire usted que se le llevan á su mujer!

Pero el jefe de oficina, sin oír, anunciaba su juego.

—Una quinta mayor en bastos ¡eh! ¡ésta si que es buena, ésta!... Tres reyes, son buenos también...

Rougón, con sus manazas, retiró los naipes, diciendo:

—Ha concluído, váyanse ustedes. ¿No les da vergüenza de encarnizarse por tal modo?... Vaya, coronel, tenga usted juicio.

Esto se repetía todos los jueves y todos los domingos. Tenía que interrumpirlos á la mejor de una partida, y, á veces, hasta apagar la lámpara para decidirles á dejar el juego. Y se retiraban hechos una furia, y peleándose.

Delestang y Clorinda se quedaron los últimos. Esta, en tanto que su marido buscaba por todas partes su abanico, dijo cariñosamente á Rougón:

—Hace usted mal en no ejercitar un poco las piernas; caerá usted enfermo.

Rougón hizo un gesto de indiferencia al par que de resignación. La señora de la casa disponía ya las tazas y las cucharillas. Después, cuando los Delestang le estrecharon la mano, bostezó con tanta boca abierta. Y dijo por cortesía, para que no se figuraran que el aburrimiento de la velada era lo que acababa de subirle á la garganta:

—¡Ah! ¡qué ricamente voy á dormir esta noche!

Y así pasaban todas las veladas. Llovía tristeza en el salón de Rougón, según decía Du Poizat, á quien le parecía también que aquello «trascendía demasiado á la devota». Clorinda se mostraba filial. Con frecuencia, por las tardes, llegaba sola á la casa de la calle de Marbeuf, con cualquiera comisión de que se había encargado. Decía alegremente á la señora de Rougón que iba á hacer la corte á su marido; y ella, sonriendo con sus pálidos labios, los dejaba juntos, horas tras horas. Hablaban afectuosamente, sin parecer acordarse del pasado; dábanse apretones de manos, como amigos, en aquel mismo gabinete, en donde, el año anterior Rougón pateaba ante ella aguijado por ardiente deseo. Mas, no pensando ya en aquello, abandonábanse ambos á tranquila familiaridad. Acercábale á las sienes los mechoncillos de cabellos que siempre tenía alborotados, ó bien le ayudaba á extender entre las butacas, la cola de su vestido de longitud exagerada. Un día, al atravesar el jardín, tuvo la

curiosidad de empujar la puerta de la cuadra. Entró y le miró con ligera sonrisa. Rougón, con las manos en los bolsillos, se contentó con murmurar, sonriendo también:

—¡Qué bestia es uno á veces!

Luego, á cada visita, le daba excelentes consejos. Defendía la causa de Delestang, quien, en resumidas cuentas, era la flor y nata de los maridos. Clorinda, con toda prudencia, contestaba que le tenía en gran estimación; oyéndola, cualquiera diría que no había habido aún entre ellos el menor motivo de queja. Decía que ni siquiera era coqueta, lo que resultaba la pura verdad. En sus menores palabras se percibía una gran indiferencia, casi un verdadero desprecio hacia los hombres. Cuando se hablaba de alguna mujer cuyos amantes no podían ya contarse, abría grandes ojos de asombrada niña, y preguntaba: «¿Eso la divierte?». Olvidábase de su belleza durante semanas enteras, no acordándose de su persona sino en contados casos de verdadera necesidad; y, aun en estas ocasiones, servíase de su hermosura como de un arma terrible. Y por eso, cuando Rougón, con insistencia singular, volvía á tratar de aquel asunto, aconsejándole que permaneciese fiel á Delestang, acababa por ponerse hecha un basilisco, gritando:

—¡Vaya, déjeme usted tranquila! No dejo de pensar en ello... ¡Acaba usted por ofender!

Un día le contestó sin más ceremonias:

—Pues bien, si eso sucediera ¿qué podría impor-

tarle á usted?... Usted nada tendría que perder.

A Rougón se le colorearon las mejillas, y dejó de hablarle por algún tiempo de sus deberes, del mundo, de las conveniencias. Aquel persistente escalofrío de celos, era cuanto le quedaba de su antigua pasión. Elevó las cosas hasta el extremo de hacerla vigilar en los salones á donde concurría. Si hubiese notado la menor intriga, tal vez habría ido á abrir los ojos al marido. Por lo demás, cuando veía á éste á solas, ponále en guardia, hablándole de la extraordinaria belleza de su mujer. Pero Delestang, confiado y fátuo, se reía; en tal medida que, entre él y su mujer, era Rougón el que padecía todos los tormentos del hombre engañado.

Los demás consejos que le prodigaba, muy prácticos en verdad, patentizaban su grande amistad hacia Clorinda. Por instigación suya, la llevó como por la mano á enviar á su madre á Italia. La condesa Balbi, sola ahora en el hotelito de los Campos Elíseos, llevaba una extraña vida de indiferencia, de que se llegaba á hablar. Encargóse con ella de regular la delicada cuestión de una pensión de por vida. Vendido el hotel, el pasado de la joven quedó como destruido. Después emprendió la tarea de curarla de sus excentricidades; mas allí se tropezó con una ingenuidad absoluta, con una testarudez de mujer obtusa. Clorinda, casada, rica, vivía en un increíble desorden de dinero, con bruscos accesos de vergonzosa avaricia. Había conservado á su lado á su criadilla, aquella negruza de Antonia que chu-

paba naranjas desde por la mañana hasta la noche. Ellas dos bastaban para ensuciar abominablemente la habitación de la señora, todo un ángulo del vasto hotel de la calle del Coliseo. Cuando Rougón iba á verla, encontraba platos sucios sobre los sillones, botellas de jarabe por el suelo y á lo largo de las paredes. Adivinaba bajo los muebles un hacinamiento de cosas sucias, empujadas allí al anuncio de su visita. Y en medio de las grasientas tapicerías, de las entabladuras grises de polvo, continuaba sustentando caprichos que dejaban á cualquiera viendo visiones. Con frecuencia le recibía medio desnuda, envuelta con una colcha, tendida en un sofá, quejándose de males desconocidos, de un perro que se le comía los pies, ó bien de un alfiler que se había tragado distraída, y cuya punta había de aparecerle por el muslo izquierdo. Otras veces, cerraba las persianas á las tres, encendía todas las bujías, y después se ponía á bailar con la doméstica, una en frente de la otra, riendo á tan grandes carcajadas, que cuando Rougón entraba, la sirvienta permanecía cinco largos minutos resoplando junto á la puerta, antes de poderse marchar. Un día no quiso dejarse ver, había cosido los cortinajes de su cama de arriba abajo y se mantuvo sentada sobre la almohada, en aquella jaula de tela, hablando tranquilamente con él durante más de una hora, como si se hubiesen hallado sentados á ambos lados de una chimenea. Y aquellas cosas parecíanle de lo más natural del mundo. Cuando la reprendía, que-

dábase maravillada y decía que no creía hacer el menor mal. Ya podía predicarle sobre las conveniencias sociales y prometerle convertirla antes de un mes en la mujer más seductora de París, que lo que él hacía era que la cólera le subiese al campanario y que repitiera:

—Yo soy así y vivo como me place... ¿Qué les va ni les viene á los demás?

A veces se echaba á reír.

—De todos modos se me quiere, ¿estamos?

Y, en verdad, Delestang la adoraba, y continuaba siendo su dueña, tanto más absoluta, cuanto menos parecía su mujer. Delestang cerraba los ojos sobre sus caprichos, dominado por el terrible miedo de que le plantase en seco, como llegó á amenazarle en cierta ocasión. En el fondo de su sumisión, tal vez la sentía superior á él, sobrado fuerte para hacer de su persona lo que mejor le pareciera. Ante la sociedad, tratábala como á una niña y hablaba de ella con complaciente ternura de hombre grave. En la intimidad, aquel buen mozo de soberbia cabeza lloraba las noches en que su mujer no quería abrirle la puerta de su habitación; y todo lo más que hacía era llevarse las llaves de los aposentos del primer piso, para librar su gran salón de las manchas de grasa.

Sin embargo, Rougón obtuvo de Clorinda que se vistiese, poco más ó menos, como las demás mujeres de su clase. Por lo demás perdíase de vista, y su ingenio y sutileza eran los de los locos lúcidos,

que se muestran razonables en presencia de los extraños. Encontrábala en ciertas casas, en actitud reservada, dejando que su marido figurase antes que ella, del todo conveniente, en medio de la admiración producida por su sin par belleza. En su casa veía á menudo al señor de Plouguern; y Clorinda entre ambos se divertía de lo lindo, con el diluvio de sus reflexiones morales, mientras que el viejo senador le daba golpecitos en las mejillas, con gran aburrimento de Rougón; mas jamás se atrevió á expresar su sentir sobre el particular. Más osado se mostró por lo que hacía á Luigi Pozzo, el secretario del caballero Rusconi. Háblele visto muchas veces salir de su casa á horas irregulares. Así que dió á entender á la joven cuánto aquello podía comprometerla, le dirigió una de sus hermosas miradas de sorpresa, y en seguida soltó una carcajada. ¡No se chiflaba ella poco del qué dirán! En Italia las mujeres recibían á los hombres, á quienes les daba la gana, y nadie pensaba en cosas deshonestas. Luigi, por lo demás, no entraba en cuenta; era un primo; llevábale pastelillos de Milán, que compraba en el pasaje de Colbert.

Pero la política quedaba siendo siempre la gran preocupación de Clorinda. Desde el punto y hora en que se había unido á Delestang, toda su inteligencia se empleaba en asuntos ambiguos y complicados, cuya importancia nadie conocía con precisión. Halagaba de este modo sus anhelos de intriga, por tanto tiempo satisfechos en sus cam-

pañas de seducción contra los hombres de gran porvenir; y parecía haberse así preparado para cualquier empresa más vasta, tendiendo hasta los veintidós años sus redes de joven casadera. Ahora sostenía una muy activa correspondencia con su madre, que se había fijado en Turín. Iba casi día por día á la embajada de Italia, en donde el caballero Rusconi se la llevaba por los rincones, para hablar rápidamente y en voz baja. También hacía excursiones incomprensibles á los cuatro ángulos de París, visitas furtivamente hechas á elevados personajes, citas dadas en el fondo de los más apartados barrios. Todos los refugiados venecianos, los Brambilla, los Staderino, los Viscardi, la veían en secreto y le pasaban pedacitos de papel llenos de notas. Había comprado una carpeta de badana roja y una cartera monumental con cerradura de acero, digna de un ministro, en la cual llevaba de una parte á otra un sinnúmero de papeles. Cuando iba en coche tenía sobre sus rodillas, como si fuese un manguito; á donde quiera que subía, llevábala consigo bajo el brazo, como la cosa más natural del mundo; hasta en las primeras horas de la mañana veíasela á pie estrechándola con ambas manos contra el pecho, con los puños ya doloridos. No tardó la cartera en rozarse y en estallar por las costuras; entonces la sujetó con correas. Y en sus vistosos trajes de gran cola, cargada siempre con aquel informe saco de cuero, que los líos de papel agujereaban, parecía á cualquier abogado de malas

causas, recorriendo los juzgados de paz para ganarse cien sueldos.

Muchas veces Rougón había intentado enterarse de los grandes negocios de Clorinda. Un día, habiéndose quedado un instante solo con la famosa cartera, no sintió el menor escrúpulo al atraer hacia sí las cartas cuyas esquinas pasaban por las hendiduras; pero lo que de un modo ó de otro llegaba á saber, parecía tan incoherente, tan lleno de claros, que no podía menos de sonreirse de las jactancias políticas de la joven. Esta le explicó, una tarde, con ademán tranquilo, todo un vasto proyecto: hallábase en camino de trabajar para conseguir una alianza entre Italia y Francia, en vista de una próxima guerra contra Austria. Rougón, arrebatado por un instante, acabó por encogerse de hombros frente á las verdaderas locuras involucradas con su plan. A su modo de ver, lo que Clorinda había encontrado era sencillamente una originalidad del mejor gusto. Persistía siempre en no modificar su opinión con respecto á las mujeres. Clorinda, aparte de todo, aceptaba de buen grado el papel de discípula. Cuando iba á verle á la calle de Marbeuf, se presentaba humildísima, sumisa en extremo, le hacía preguntas y le escuchaba con el ardor del neófito deseoso de instruirse. Y él, con mucha frecuencia, olvidando con quién hablaba, exponía su sistema de gobierno y se empeñaba en las confesiones más precisas. Poco á poco, aquellas conversaciones llegaron á ser una costumbre; tomola

por confidente, halló compensación al silencio que observaba con sus mejores amigos. Y la trató como discípula discreta, cuya respetuosa admiración le embelesaba.

Durante los meses de agosto y septiembre, Clorinda menudeó sus visitas. Iba á la sazón hasta tres y cuatro veces por semana. Nunca había demostrado cariño tal de discípula. Lisonjeaba mucho á Rougón, se extasiaba con su gran talento, y echaba de menos las grandes cosas que habría llegado á realizar á no haberse mantenido apartado. Un día, en un minuto de lucidez, Rougón la preguntó riendo:

—¿Necesita usted en realidad de mí?

—Sí—le contestó con atrevimiento.

Pero se apresuró á revestirse de su aspecto de maravillado éxtasis. La política la divertía más que una novela, decía la joven. Y, tan luego como volvía él la espalda, en sus ojos del todo abiertos, fulguraba una corta llama, alguna antigua memoria de odio, con vida siempre. Muchas veces, abandonaba sus manos en las de Rougón, como si se sintiese demasiado débil aún; y, con las muñecas temblorosas, parecía esperar á haberle robado fuerza bastante para poderle estrangular.

Lo que sobre todo inquietaba á Clorinda era el creciente desfallecimiento de Rougón. Veíale dormirse en el fondo de su aburrimiento. Al principio había distinguido perfectamente lo que podía haber de fingido en su actitud. Poco después, á pesar de toda su agudeza, empezaba á tenerla por verdadera-

mente descorazonado. Sus ademanes se entorpecían y su palabra se hacía premiosa; en ciertos días se mostraba con tal indiferencia, con tanto candor, que la joven, espantada, llegaba á preguntarse si al fin de cuentas acabaría por aceptar en el Senado su retiro, como hombre político inutilizado.

A fines de septiembre, Rougón pareció muy preocupado. Luego, en una de sus conversaciones de costumbre, le confesó que abrigaba un gran proyecto. Se aburría en París y necesitaba respirar aire puro. Y de golpe y porrazo se puso á hablar; tratabase de un vasto plan de vida nueva, de un voluntario destierro á las Landas, para el desmonte de muchas leguas cuadradas de terreno, para la fundación de una ciudad en medio de la comarca conquistada. Clorinda, con el rostro muy pálido, le escuchaba.

—Pero ¿y la situación de usted aquí, sus esperanzas?—exclamó.

Rougón hizo un gesto de desdén, murmurando:

—¡Bah! ¡castillos en el aire! Usted ya ve que, indudablemente, no he nacido para la política.

Y volvió á enseñorearse de su ensueño de convertirse en un gran propietario, con toda suerte de ganados, sobre los cuales reinaría como señor y dueño. Pero en las Landas su ambición iba en aumento; hacíase el rey conquistador de una tierra nueva; tenía un pueblo suyo... Y se extendió en detalles interminables. Hacía quince días que, á la chita callando, leía obras especiales. Desecaba lagunas, com-

batía con poderosas máquinas el amontonamiento de piedras, detendría el desarrollo de las areniscas colinas por medio de las plantaciones de pinos y dotaría á Francia con una comarca de fertilidad milagrosa. Toda su actividad adormecida, toda su fuerza de gigante ocioso se despertaban en aquella cesión; sus apretados puños parecían hendir ya los guijarros rebeldes; sus brazos, con sólo un esfuerzo, removían el suelo de arriba abajo; sus hombros transportaban casas ya construídas, que fijaba á su guisa al borde de un río, cuyo lecho cavaba con sólo un puntapié. Nada era más fácil que todo aquello. Allí encontraría cuanto trabajo quisiese. El emperador le quería aún lo suficiente para cederle un departamento que arreglar á su sabor. Y poniéndose en pie, encendidas las mejillas, agigantado por el endeizamiento brusco de sus robustos miembros, estalló en soberbia carcajada.

—¡Eh! ¡qué magnífica idea!—exclamó.—Dejaré mi nombre á la ciudad y fundo á mi vez un reducido imperio.

Clorinda se figuró que aquello tan sólo obedecía á un capricho, á un delirio de la imaginación, nacidos del profundo aburrimiento con que luchaba. Pero, en los siguientes días, volvió á la carga, hablándole de su proyecto con mayor entusiasmo aún; y siempre que iba á verle, hallábase absorto en medio de planos extendidos en la mesa, en los asientos, hasta en la alfombra. Una tarde no le fué posible verle, por hallarse conferenciando con dos

ingenieros. Entonces, empezó á sentir verdadero espanto. ¿Iría á dejarla allí plantada para edificar su ciudad, en el fondo de un desierto? ¿No era antes alguna nueva combinación que se disponía á poner en práctica? Clorinda renunció á saber la verdad, pero creyó prudente sembrar la alarma entre los amigos.

La noticia produjo verdadera consternación. Du Poizat, se encolerizó por todo lo alto; hacía más de un año que andaba ázotando calles; en su último viaje á la Vandée, su padre sacó una pistola del cajón, cuando se hubo atrevido á pedirle diez mil francos para establecer un negocio soberbio; y, á la hora presente, empezaba á morir de hambre, como en el 48. El señor Kahn se mostró por igual modo furioso; sus altos hornos de Bressuire veíanse amenazados de inminente quiebra; considerábase perdido, si no obtenía antes de seis meses la concesión de su línea férrea. Los demás, el señor Béjuin, el coronel, los Bouchard, los Charbonnel, se desataron asimismo en amargas quejas. Aquello no podía acabar así. Rougón, en realidad, no estaba muy en sus cabales, y había que hablarle.

Entretanto transcurrieron quince días. Clorinda, muy atendida por toda la reunión, había resuelto que no sería prudente atacar de frente al grande hombre. Esperábase una ocasión oportuna. Un domingo por la noche, allá á mediados de octubre, hallándose los concurrentes reunidos en su totalidad,

en el salón de la calle Marbeuf, Rougón dijo sonriendo:

—¿No saben ustedes lo que he recibido hoy?

Y tomó de detrás del reloj una esquila color de rosa, que enseñó á los circunstantes.

—Una invitación para ir á Compiègne.

En aquel instante el ayuda de cámara abrió suavemente la puerta. El hombre á quien esperaba el señor se hallaba allí. Rougón suplicó que le excusaran y salió. Clorinda se había levantado, poniéndose á escuchar; después en el mayor silencio, dijo con energía:

—Es indispensable que vaya á Compiègne.

Los amigos, con gran prudencia, miraron á su alrededor; pero se encontraban muy solos, pues la señora de Rougón había desaparecido hacía ya unos minutos. Entonces, á media voz, y sin dejar de atisbar á las puertas, hablaron con entera libertad. Las damas formaban círculo delante de la chimenea, en donde un gran tizon se consumía hecho ascua; el señor Bouchard y el coronel jugaban su eterno *piquet*; mientras que los caballeros habían rodado sus sillones á un rincón, para mejor aislarse. Clorinda en pie en mitad de la estancia, reflexionaba profundamente, con la cabeza inclinada.

—¿Es decir que esperaba á alguien?—preguntó Du Poizat.—¿Quién podrá ser?

Los demás se encogieron de hombros, como queriendo decir que lo ignoraban.

—¿Tal vez para su estúpido negocio?—continuó,

—Ya me falta la paciencia. Ya verán ustedes cómo una de estas noches le espetaré en la cara todo cuanto pienso.

—¡Chist!—dijo el señor Kahn, llevándose un dedo á los labios.

El antiguo subprefecto había alzado la voz por modo inquietante. Todos, por un instante, prestaron atención; y luego, el mismo señor Kahn fué quien prosiguió muy bajito:

—Sin duda ha adquirido compromisos tocante á nosotros.

—Diga usted que ha contraído una deuda—agregó el coronel, dejando sus cartas.

—Sí, sí, una deuda, esa es la palabra—declaró el señor Bouchard.—Nosotros no dejamos de hablarle con toda claridad, el último día, en el Consejo de Estado.

Y los demás asentían enérgicamente con la cabeza.

Siguióse una lamentación general. Rougón les había arruinado á todos. El señor Bouchard añadía que, á no ser por su fidelidad á la desgracia, mucho tiempo hacía que sería jefe de oficina. A oír al coronel se le habían acercado para ofrecerle la cruz de comendador y un destino para su hijo Augusto, de parte del conde de Marsy; mas él se había negado por la amistad que le ligaba á Rougón. El padre y la madre del señor d'Escorailles, decía la linda señora de Bouchard, se hallan muy resentidos, al ver que su hijo quedaba siendo auditor, cuando esperaban ya hacía seis meses su nombramiento de

magistrado relator. Y hasta los que nada decían, como Delestang, el señor Béjuin, madama Correur, los Charbonnel, se mordían los labios y alzaban los ojos al cielo, en actitud de mártires, á los que la paciencia empieza á faltar.

—En suma, hemos sido defraudados en nuestras esperanzas—repuso Du Poizat.—Pero no se ausentará, respondo de ello. ¿Acaso se está en su cabal juicio yendo á habérselas con los pedruscos, en no sé qué rincón ignorado, cuando se cuenta con intereses tan graves en París?... ¿Me autorizan ustedes para que yo le hable?

Clorinda despertó de su abstracción. Impúsole silencio con un ademán; y luego, cuando hubo entreabierto la puerta para ver si alguien había allí, repitió:

—Entiéndanlo ustedes bien; es preciso que vaya á Compiègne.

Y como todos los rostros se convertían á ella, con un nuevo ademán contuvo las preguntas.

—¡Chist! ¡aquí no!

Dijo, sin embargo, que su marido y ella estaban también invitados para ir á Compiègne; y dejó escapar los nombres del señor de Marsy y de madama de Llorentz, sin querer dar más explicaciones. Impulsaría al gran hombre al poder, á pesar suyo, se le comprometería si era necesario. El señor Beulin-d'Orchère y la magistratura en peso le apoyarían á cencerros tapados. El emperador—confesaba el señor La Rouquette—en medio del odio de los que

le rodean contra Rougón, guardaba reserva absoluta; en cuanto se le nombraba en presencia suya, poníase serio, entornaba los ojos y ocultaba la boca á la sombra de los bigotes.

—No se trata de nosotros—concluyó por decir el señor Kahn.—Si nos salimos con la nuestra, el país tendrá que darnos las gracias.

Entonces, ya en alta voz, se continuó haciendo desmedidos elogios del dueño de la casa. En la habitación inmediata acababa de percibirse un murmullo de voces. Du Poizat, espoleado por la curiosidad, empujó la puerta como si fuese á salir, y después la volvió á cerrar bastante poquito á poco para distinguir al hombre que se encontraba con Rougón. Era Gilquin, en paletó de abrigo, casi limpio, y llevando en las manos un recio bastón con puño de cobre. Con exagerada familiaridad, y sin bajar la voz, decía:

—Ya lo sabes, en adelante no envíes á la calle de Virginia, en Granelle. Allí he tenido de las más; ahora estoy en lo hondo de las Batignolles, pasaje de Guttin... En fin, siempre puedes contar conmigo. Hasta más ver.

Y dió un apretón de manos á Rougón. Cuando éste volvió al salón, dió sus excusas y miró á Du Poizat con fijeza.

—Es un buen muchacho, á quien usted conoce ¿no es así, Du Poizat?... Va á reclutarme colonos para mi nuevo mundo, allá en lo más apartado de las Landas... A propósito, me los llevo á todos usted.

des conmigo; ya pueden hacer sus maletas. Kahn será mi primer ministro. Delestang y su mujer obtendrán la cartera de negocios extranjeros. Béjuin se encargará de correos. Y no echó en olvido á las damas: la señora de Bouchard tendrá el cetro de la belleza, y á la señora de Charbonnel se le confiarán las llaves de nuestros graneros.

Lo echaba á broma, mientras que los amigos, nada á su sabor, preguntábanse si no les habría estado oyendo por algún resquicio de la pared. Cuando condecoró al coronel con todas sus cruces, éste por poco no se enfurruca. Entretanto, Clorinda fijaba las miradas en la invitación de Compiègne, que había tomado de encima de la chimenea.

—¿Qué, piensa usted ir?—le preguntó con displi-
cencia.

—¿Quién lo duda?—contestó Rougón admirado. Cuento con aprovechar la oportunidad para que el emperador me conceda el departamento.

Dieron las diez, y la señora de Rougón se presentó para servir el té.

VII

Allá á las siete, en la tarde de su llegada á Compiègne, Clorinda hablaba con el señor de Plouguern, cerca de una ventana de la galería de los Mapas. Esperábanse al emperador y á la emperatriz para pasar al comedor. La segunda serie de los invitados se encontraba en el castillo apenas hacía tres horas; y como quiera que toda la gente no hubiese bajado aún, la joven se ocupaba en sentenciar con una palabra á toda persona que entraba. Las damas, despechadas, con flores en los cabellos, sonreían amablemente desde el umbral; los hombres permanecían graves, con corbata blanca y calzón corto, con las pantorrillas ceñidas bajo la media de seda.

—¡Ah! allí está el caballero—dijo en voz queda Clorinda.—Está bien, muy bien... Pero, mira, padrino, al señor Beulin-d'Orchère, ¿no diría cualquiera que se dispone á ladrar? ¡y qué piernas, santo Dios!

El señor de Plouguern se divertía con aquellas